



AMOR EN LA PROVENZA, *Autor: José Manuel Acuña Fernández.* *Ganador 2015 en relato corto adultos*

Desde la enorme ventana que preside el estudio de la *Colina de Lauves*, el mojado gran cedro del Líbano se ve solitario. Los olivos e higuerrillas que adornan el jardín parecen estar presagiando algo. En estos momentos recuerdo las palabras acerca de la lluvia de mi exmujer, Hortense, en la gigantesca e inhóspita mansión de *Jas de Bouffan*. Fueron otros tiempos, sin duda. Miro alrededor y parece que al fin me he encontrado conmigo mismo; mis abrigos, la sombrilla, mi inseparable sombrero, el caballete, los pinceles, algunos bocetos o las cartas de noveles pintores procedentes de la extravagante e insulsa París.

Todos los días, cuando salgo de mi apartamento de la calle *Boulegondirección* a la colina, puedo escuchar las críticas de algunos lugareños sobre la rusticidad agreste, un poco de olvido y otro tanto de abandono visible en mi forma de vida. La crítica ha sido mi compañera desde que comencé mis primeros trazos en la *Academia Suisse*. Nunca fui el alumno destacado, pero jamás me importó la opinión artística de ningún *nouveau* crítico, es más, desconfío de ellos y de su galante palabrería. A mis 67 años soy un ser huraño, solitario y cansado, y parte de ello se lo debo al escepticismo que ha ido provocando en mi vida la nueva estética que impera en este extraño arte de la pintura.

Vuelvo mi mirada a la ventana. La luz invade lentamente el jardín y los flautines de los pájaros llenan el aire. El tiempo es inestable, pero da igual. Hoy es lunes, y sinceramente, estoy deseando encontrarme con ella.

Decido coger los pinceles, la paleta, el abrigo, el sombrero y mi caballete. Cierro la vieja puerta del *atelier* y me dispongo a atravesar los embarrados y anegados senderos del jardín. Con parsimonia avanzo por el camino de la *Marguerite* para instalarme en ese punto elevado donde quedamos asiduamente como adolescentes enamorados. Ya la he dibujado en 11 óleos y 17 acuarelas, pero aún me falta mi mejor obra. Y ella no puede faltar. Mi hijo, cuando esporádicamente me visita, no se olvida de recriminarme la obsesión casi enfermiza que siento por ella.

Ha empezado a llover nuevamente, pero es una suave brizna. Avanzo por el sendero con paso decidido, no puedo faltar a nuestro encuentro. Cada cosa que hallan mis ojos por el camino es un puente, a veces tranquilo, generalmente tortuoso, que me lleva al pasado. Me pregunto si ella recordará alguno de esos días primaverales donde las horas se perdían en la eternidad. Me pregunto, también, en este crepúsculo sin fin, cuánto durará esta relación.

Sé que a Hortense, mi exmujer, desde la distancia, le resulta difícil verme en este nuevo estado de ilusión y embriaguez que vivo a mi senectud. Ella lo sabe todo. Sería ingenuo pensar que después de casi media vida de convivencia con Hortense, no conozcamos un palmo de nuestras fantasías y recuerdos, un pedazo de ese terreno que consideramos impenetrable por el otro. Día a día mi nueva amante se ha convertido en mi doble. Me impregna su dulzura y su robustez. Termina siendo mi confidente y mi eco y Hortense lo sabe. Mi exmujer quiere hacerme creer que entre ella y yo no hay lugar para el misterio. A través de sus cartas me cuenta su día a día, la evolución de nuestro hijo, sus sueños, y como no, su nostalgia y deseo para que vuelva a su lado pese a nuestras infinitas peleas. Me sorprende que no le importe que yo no conteste ninguna de sus cartas. Es como si aceptara que mi ausencia de todo lo presente fuera un matiz natural de mi persona. A veces pienso que ve el mundo de manera muy simple, y que yo, llegué a ella simplemente por ser una persona diferente. Pero en el fondo, ella conoce la verdad, estoy convencido. A pesar de que nunca hubo una pregunta ni un reproche en sus cartas hacia mi nuevo amor.

Sigo caminando. Queda un trecho aun para llegar al punto de encuentro con mi amada. En mi juventud el amor me parecía un sentimiento intemporal, finito, con fecha de caducidad. Recuerdo con una pícara sonrisa el día que conocí a Hortense en aquella librería de París. A partir de ese mismo momento decidí cambiar mi percepción sobre el amor y comencé a decirme a mí mismo que el amor debía de ser eterno. Sé que la palabra “eterno” tiene sentido cuando se habla de un amor que dura lo que dura la vida de una persona. Sé que mi amor hacia Hortense se disolvió irremediamente. Pero también sé que el tiempo que duró tal sentimiento pudo vestirse con esa palabra. Podría decir que fue eterno mientras nutrió mis mejores sueños, luego murió.

Pese al principio, Hortense sabía cuál sería el desenlace. Por no contrariarla dije no creer en los amores perennes. Sin embargo, al conocer la pasión, comprendí que para quienes empiezan en el amor, el olvido es una realidad remota. Nada me importaron mi familia, los rumores, tantos años de llevar la relación oculta, ni sus reproches por mi forma de amar. Se convirtió en refugio, y en él me acepté. Pero todo se volvió en confusión y problema cuando verdaderamente convivimos el día a día. Por eso recibí a mi amante.

La lluvia empieza a apretar, pero no me detengo. Estoy cerca del encuentro. Mientras tanto, mi mente repasa los años de convivencia con Hortense y creo que un abismo se ha abierto entre mi exmujer y yo. Con Hortense jamás pude compenetrarme del todo. Contigo, en cambio, ese anhelo de ser dos en uno se ha vuelto obsesión. Mi exesposa piensa que te he recibido por resentimiento. Pero es tan fácil para el que está desgarrado abrir las puertas de su corazón... Y allí estabas tú. Sin esperarlo. Gracias a la visita que hice unas vacaciones en casa del hermano de Hortense a varios kilómetros de *Aix en Provence*. Te vi aparecer por primera vez aquella soleada mañana. Bien delineada, levantada como una revelación inesperada. ¡Qué impulso, qué sed de sol y qué melancolía en la tarde cuando la pesadez cae y se dulcifica! Fue un momento mágico, un amor a primera vista. Compartimos esa mañana deleitándonos uno del otro, pero me tuve que marchar con la promesa de que volvería.

Cuando Hortense y yo poco más tarde volvimos a la Provenza, el muro entre ella y yo fue alargándose y terminó odiándome un poco más si cabe. No fue culpa de mi diabetes como ella solía decir a los vecinos, es culpa del amor desgastado. Con Hortense no encontré la forma de acabar con los recuerdos. Sufrimos mucho y fuimos perseguidos por toda una sociedad. Eran tan insignificantes las opiniones que nos

señalaban como personas extraviadas, que me decía al oído, abrazándome a veces, que todo era envidia. Y cuando las calles estaban llenas de silencio, íbamos a su cuarto. Hablábamos con palabras que eran caricias. La dibujaba con todo el amor y cariño del mundo, como si fuera mi último trazo. Y lo hacíamos hasta que la embriaguez del arte desembocase en la embriaguez de los cuerpos. Y yo la veía, desnuda, con su pelo cayendo y una toga blanca sostenida en sus rodillas, y después tendida en el colchón, tan frágil y suave como la hierba. Y pensaba que Hortense era la única realidad válida en un mundo que reprochaba mi naturaleza amorosa. Pero esa realidad fue fugaz.

Ya he llegado a nuestro punto de encuentro. La lluvia aprieta intensamente, pero ahí estás tú esperándome tan hermosa como nunca. Suelto el caballete, las pinturas y el lienzo en el suelo. Me detengo, mi corazón palpita acelerado y solo puedo escuchar mis pisadas de lluvia sobre las rocas. Al otro lado, el viento mueve con agresividad los cipreses. También escucho, más allá del sendero, cómo la lluvia incrementa su fuerza. No importa, este es nuestro momento.

Nos fundimos como enamorados. Tú sabías que desde que te vi te convertiste en mi suprema obsesión. No deseo que te vayas. Quiero, más bien, que me veas mirar como trazo lentamente con mi pincel tu belleza. Luego, mientras las huellas sonoras de la lluvia continúan te convertirás en esa realidad, entre telúrica y onírica que me permitirá alcanzar mi sueño. Me tildan de loco por amar a una montaña. Montaña mágica de Santa Victoria, gracias a ti he descubierto el verdadero amor. Mi único amor. El amor a la pintura.

Y con un fuerte temporal con mi pincel en mano pintando a mi amada, la montaña de Santa Victoria, yo, *Paul Cezànne*, pude convertir en realidad ese sueño: alcanzar la muerte pintando.